

Amos Oz

**Conocer a una mujer**

Traducción del hebreo de  
Raquel García Lozano



**Siruela Nuevos Tiempos**

Yoel cogió el objeto de la repisa y lo miró de cerca. Le dolían los ojos. El agente inmobiliario pensó que Yoel no había oído su pregunta y, por tanto, la repitió: «¿Vamos a echar un vistazo detrás de la casa?». Aunque ya lo había decidido, Yoel no se apresuró a responder. Solía demorar sus respuestas, incluso a preguntas sencillas como qué tal estás o qué han dicho en las noticias. Era como si las palabras fuesen objetos personales de los que le costaba desprenderse.

El agente esperó. Y, entretanto, hubo silencio en la habitación. Que estaba ricamente amueblada: una alfombra azul oscuro amplia y gruesa, sillones, un sofá, una mesa baja de caoba de estilo inglés, un televisor de una marca extranjera, una maceta con un gran filodendro en el rincón adecuado, una chimenea de ladrillo rojo con seis troncos cruzados, de adorno, no para hacer fuego. Junto a la ventana que comunicaba el salón con la cocina había una mesa de comedor y seis sillas negras de respaldo alto. Solo los cuadros habían sido descolgados de las paredes: en la pintura se notaban rectángulos claros. La cocina, tras la puerta abierta, era escandinava y estaba llena de modernos aparatos eléctricos. También los cuatro dormitorios que había visto antes le parecieron aceptables.

Yoel examinó con los ojos y los dedos la cosa que había cogido de la repisa. Era un adorno, una pequeña estatua, un trabajo de aficionado: un depredador de la familia de los felinos tallado en madera de pino y pintado con varias capas de barniz. Tenía las fauces abiertas de par en par y los dientes afilados. Las

dos patas delanteras estaban suspendidas en el aire en un fascinante impulso de salto, la pata derecha trasera también estaba en el aire, aún contraída y con los músculos tensos por la fuerza del salto, y solo la pata izquierda trasera impedía la separación y fijaba al animal a la base de acero inoxidable. El cuerpo se alzaba con un ángulo de cuarenta y cinco grados y tenía tal tensión que Yoel casi sintió en sus propias carnes el dolor de la pata apresada y la desesperación del salto retenido. Aquella estatuilla le resultaba antinatural e imposible, aunque el artista había logrado dar a la materia una fantástica elasticidad felina. Al final iba a resultar que no era una labor de aficionado. Los detalles de los premolares y de las garras, la contorsión de la columna, la tensión de los músculos, la curvatura del vientre hacia delante, la amplitud del diafragma en el fuerte abdomen, y hasta el ángulo de las orejas del animal, casi planas, tendidas hacia detrás de la cabeza, todo destacaba por el fino detalle y por el misterioso y audaz desafío a las limitaciones de la materia. Aparentemente era una talla perfecta que se había liberado de su maderidad y había logrado una vitalidad feroz, severa, casi sexual.

Y a pesar de todo algo no iba bien. Había algo fallido, exagerado, como si estuviera demasiado terminado o no lo estuviera del todo. Yoel no consiguió descubrir cuál era el fallo. Le dolían los ojos. Volvió a tener la sospecha de que era una labor de aficionado. Pero ¿dónde estaba la tara? Sintió cierto enfado, corporal, junto con un repentino impulso de ponerse de puntillas.

Tal vez también porque pensaba que la estatuilla con el fallo oculto iba claramente en contra de la ley de la gravedad: el peso del depredador en su mano le parecía mayor que el del fino pedestal de acero del que la criatura quería desprenderse y al que estaba sujeta en un punto demasiado diminuto entre la pata trasera y la base. En ese punto concentró entonces Yoel su mirada. Descubrió que la pata estaba incrustada en una hendidura milimétrica realizada en la plancha de acero. Pero ¿cómo?

Su ofuscado enfado se intensificó cuando dio la vuelta al objeto y, sorprendentemente, no encontró por debajo ninguna señal de atornillamiento tal y como había supuesto que necesi-

riamente habría allí para unir la pata al pedestal. Volvió a dar la vuelta a la estatuilla: tampoco en el cuerpo del animal, entre las garras de la pata trasera, había ninguna marca de tornillo. Entonces, ¿qué impedía que saliese volando y detenía su salto hacia la presa? Sin duda no era cola de contacto. El peso de la estatua habría hecho imposible a cualquier sustancia por Yoel conocida mantener durante días a la criatura en pie con un punto de unión tan diminuto mientras el cuerpo salía de forma antinatural de la base en una pronunciada diagonal. Tal vez había llegado el momento de rendirse y empezar a usar gafas de cerca. Qué sentido tenía para un viudo de cuarenta y siete años y prejubilado, un hombre libre casi desde todos los puntos de vista, empeñarse en no reconocer una sencilla verdad: estaba cansado. Se merecía un descanso y lo necesitaba. Los ojos le ardían a veces y las letras se le nublaban, sobre todo con la luz del flexo por la noche. Y, a pesar de todo, las cuestiones fundamentales no estaban resueltas: si el depredador es más pesado que la base y está prácticamente por completo fuera de ella, debería caerse. Si la unión era con cola, tendría que haberse despegado hacía tiempo. Si el animal era perfecto, cuál era su defecto imperceptible. De dónde venía la sensación de que tenía un defecto. Si había un truco oculto, cuál era ese truco.

Por fin, con ofuscada ira –Yoel se encolerizó también a causa del enfado que tenía, ya que se tenía por una persona templada y comedida–, cogió por el cuello al depredador e intentó, sin hacer fuerza, deshacer el hechizo y liberar al magnífico animal de los tormentos de su misterioso agarre. Tal vez así también desaparecería el defecto imperceptible.

–Déjelo –dijo el agente–, lo va a romper. Sería una lástima. ¿Vamos a ver el cobertizo de las herramientas del patio? El jardín parece un poco abandonado, pero se puede arreglar con nada, en media jornada de trabajo.

Con delicadeza, con una lenta caricia, Yoel pasó un dedo cauteloso alrededor de aquella unión secreta entre lo vivo y lo inerte. Pese a todo, la estatua era obra de un artista dotado de astucia y fuerza y no un trabajo de aficionado. El recuerdo borroso de una pintura bizantina de la crucifixión resplandeció por un instante en su mente: una pintura en la que también

había algo irracional y, pese a todo, lleno de dolor. Asintió dos veces con la cabeza como si, por fin, tras una discusión interior, hubiese llegado a un acuerdo consigo mismo. Sopló y quitó del objeto una mota de polvo invisible, o tal vez la huella de sus dedos, y la volvió a dejar con tristeza sobre la repisa de los adornos, entre un jarrón de cristal azul y una vasija de bronce.

–Vale –dijo–, me la quedo.

–¿Disculpe?

–He decidido quedármela.

–¿El qué? –preguntó el agente, desconcertado y mirando con cierto recelo a su cliente. El hombre le parecía concentrado, duro, completamente atrincherado en sí mismo, tozudo, pero también despistado. Seguía de pie sin moverse, de cara a la repisa, de espaldas al agente.

–La casa –dijo en voz baja.

–¿Y ya está? ¿No le gustaría ver antes el jardín? ¿Y el cobertizo?

–He dicho que me la quedo.

–¿Y acepta novecientos dólares al mes y el pago de medio año por adelantado? ¿Y que el mantenimiento y los impuestos corran de su cuenta?

–Vale.

–Si todos mis clientes fuesen como usted –se rió el agente–, me pasaría el día en el mar. Casualmente los veleros son mi mayor afición. ¿Comprobará antes la lavadora y la cocina de gas?

–Me basta con su palabra. Si hubiese problemas, sabemos dónde encontrarnos. Léveme a su oficina y acabemos con el papeleo.